

cuatro facetas de un cristal; lo que tomamos por trastorno ó excepción de una ley es la ley precisamente». (Taine: *Litt. angl.*; IV, pág. 424.) «En los vicios del hombre hay una *necesidad* que los hace tolerables». (Taine.; *Now. Ess.*, pág. 43.) «¿Qué tiene, pues, de sorprendente que la virtud ó la razón humana, como la fuerza vital ó la materia orgánica, á veces desfallezca ó se descomponga, pues como ésta y como todo ser superior y complejo tiene por sostén y por dueño á fuerzas inferiores y simples que, según las circunstancias, la sostienen por su armonía ó la destruyen por su desacuerdo?» «¿Quién se va á indignar contra la Geometría?» (Taine.; *Litt. angl.*, páginas 424 y 425.; Vid. *Revue. Thomit.*, de 1893.; Taine, por el P. Janvier.) (1). ¡Abajo, pues, los héroes, de-

(1) Según Drill, Lombroso y su escuela, el crimen no es más que un sistema del estado anormal de la vida social, un indicio de la organización viciosa psico-física del delincuente; el criminal «es víctima de las particularidades de su organización, y difiere del hombre honrado con una diferencia de grado ó bien del órgano alterado». En vista de los datos acumulados en multitud de estadísticas, se pensó en la existencia de un tipo humano, condenado al crimen por su misma organización; pero hay que hacer honor á la verdadera Antropología. Y dejando ya á un lado á Proal y á Guillot, que en su calidad de magistrados saben perfectamente á qué atenerse sobre el particular, citamos á Brouardel, que en el Congreso de París sostiene textualmente: «Que la investigación de la anomalía criminal es ilusoria, que aún no ha revelado un solo caracter privativo del criminal»; (Monouvrier): «tiene más de diletantismo que de rigor científico»; (Benedickt): «por lo cual hacen muy bien los juristas en desconfiar de los presentes que les hacen los antropólogos». (*Anthropol. crimin. Correspondant 10, fevrier 1890*, citados por Proal.) La escuela italiana no ha conseguido destruir la libertad humana, carece del derecho de señalar pena ningun-

rribad las estatuas, rehaced la historia, borrad los Códigos, arracad al arte sus ideales, renunciad á lo sublime!... No podréis, con todo, despojar á la Iglesia de su más esplendente diadema, la santidad, ni disputarla el inmarcesible lauro de haberse impuesto por su espiritualismo á la corrupción romana, á la mundana sabiduría helénica, á la barbarie germana y céltica, á la indolencia índica, á las exaltaciones meridionales sin que trastornéis al mundo, si de tanto fuérais capaces, y aun entonces podríamos replicaros desde el fondo de las ruinas, en que os complacéis, como algunas parietarias. «Destruid, pero escuchad: la mayor victoria es ser dueño de sí mismo, y para conseguirla Dios nos brinda á todos con su gracia» (1). (Vid. P. Monsabré; Conf. xx, 1876.) *Anima mea in manibus meis semper et Nisi quod lectua meditatio mea est: tum forte periissem in humilitate mea* (pág. 118.)

Mas en vano lo pretenderíais; la libertad humana es un hecho indesarraigable, toda vez que se funda en la efica-

na á la trasgresión, y ya en el quinto Congreso penitenciario internacional, sobre la puerta de las diferentes salas en que se reunían las cuatro secciones de congresistas, parece que había escrita la célebre máxima de Clemente XI: *Parum est coercere improbos pena, nisi probos efficias disciplina*. La pena fué mirada no sólo como medicinal, sino como expiatoria, y M. Duflos, presidente del Congreso, cerró su discurso de apertura con estas expresivas frases: *¡Honor á la charité et á la science!* M. Leignes escribió esta enérgica declaración: *Nul ne proclame l'irresponsabilité de l'etre qui a faille*. ¡Lástima que en los medios morales y religiosos no hubiese andado tan desacertado por anti-católico!

(Vid. *Revue Thomist*, Julio del 94. *La Justice criminall et la Peine demort*, por el P. Hebert, y el número de Septiembre del 95.)

(1) *Sufficit tibi gratia mea. Secund. ad. Cor. 12-9.*

cia de la voluntad divina como causa extrínseca, en la espiritualidad de nuestra alma como en su causa intrínseca remota, en la naturaleza del conocimiento intelectual como en su causa intrínseca próxima, y en la naturaleza de nuestras voliciones correspondientes al conocimiento intelectual como en su causa inmediata (1). Gozamos, por consiguiente, de libre albedrío. Dios que nos ha formado nos respetó hasta el punto de dejarnos en mano de nuestros consejos, y las cosas contingentes carecen del poder de solicitarnos ineludiblemente. Si el juicio de nuestra razón estuviese determinado á una cosa más que á otra, entonces juzgaríamos todos en igualdad de circunstancias, de la misma manera, como ocurre en los animales cuyo juicio está determinado por el instinto; pero como las cosas prácticas y contingentes no encadenan nuestro juicio, de ahí que *Differt homo ab aliis irrationabilibus in hoc quod est suorum actuum dominus*. (II, II.^a, q. 1.^a, art. 1.^o, y p. q. 83, art. 1.^o, et alibi, ex hoc ipso quod rationalis est. (I, part. q. 83, art. 1.^o)

Hé aquí nuestro honor, el ser dueños de nuestros actos; suprimid esta prerrogativa, y los recuerdos más gloriosos caerían en el ridículo (2). ¿Tiene alguna gloria el sol por inundar los espacios con su inmensa luz? ¿Tiene la tierra alguna gloria por alfombrarse de césped y convidarnos con sus regalados frutos? ¿Tiene alguna gloria el león por amedrentar con su rugido á los animales del desierto? ¿Qué significarían, pues, los héroes, los genios, los bienhechores de la humanidad, los santos, los que se sacrifican por la causa de la civilización y de la ciencia, si

(1) Vid. Zigliara-Psic, *Raíces de la libertad humana*.

(2) *Homo est liberi arbitrii: alioquin frustra essent consilia, hortationes, praecepta, prohibitiones, proemia et penae* I, p. q. 83, artículo 1.^o

no hubieran podido ó no pudieran obrar de otra manera de la que obraron y obran, si esclavos de la fatalidad sus acciones no reconocen otra causa que una hipertrofia orgánica, si no triunfaron de toda suerte de adversidades, merced á su alteza de miras, sus hondas convicciones, caballeresco desinterés y abnegación sublime? (1).

V

¿Y pensáis que la impiedad se dé por vencida? La habéis desalojado de una posición, pero se ha encastillado en otra nueva y allí nuevamente os desafía también, y como siempre, en nombre de la ciencia. «En la naturaleza, os dice, ni nada se pierde ni nada se crea. La energía total del universo, es invariable. Hay que descartar toda idea de trabajo realizado por fuerzas extracósmicas. La energía de una voluntad libre sumada á la energía existente alteraría forzosamente el equilibrio. Hay, por lo tanto, que dar libelo de repudio á la libertad, so pena de suprimir dos grandes postulados de la Química y de la Mecánica.»

Ante todo, señores, á un hecho jamás se le contesta con una objección. Y la libertad es un hecho: todos la sentimos palpitar en las intimidades de nuestra conciencia. ¿Quién sería el osado á tratar de persuadiros que me escucháis *necesariamente*, que una fuerza ciega os ha congregado y aquí os retiene y que no es *libérrima* la solemne protesta de Catolicismo que hoy dáis obsecuentes á las prescripciones pontificias con los grandiosos cultos que dedicáis á Nuestro Angélico Patrono? ¿Habrá palabras

(1) Vid. Conf. citada del P. Monsabré, primera parte.

con que responder á quien ponerlo en tela de juicio pretendiera?

Además no han faltado mecánicos eminentes, el padre Carbonelle, entre otros, que no tienen por demostrada la conservación de las energías, ó al menos que los esfuerzos que necesita realizar nuestra voluntad para actualizar la energía acumulada en nuestros órganos son cantidades infinitamente pequeñas (1), y por consiguiente, inapreciables ó cuyas variaciones se compensan dentro del sistema sin alterarle (2). Mas aunque admitamos el principio formulado por Mayer y confirmado por Joule al averiguar el equivalente mecánico del calor, ¿qué se infiere de la constancia *cuantitativa* de la energía á través de las innumerables variaciones *cualitativas* en contra de la libertad? ¿Encierra algo de irreductiblemente contradictorio el principio fundamental de las ciencias físicas y naturales con nuestro libre albedrío? ¿No se puede modificar un sistema móvil aumentando ó disminuyendo su fuerza viva sin producir trabajo alguno? Quédesen para los Sres. Fouillé y Erre-ra (3) negar la existencia de fuerzas meramente directrices como la atracción, que por obrar normalmente á la trayectoria, tienen proyección igual á cero y en consecuencia su trabajo es nulo (4); y conviniendo en que es posible obrar sobre un movimiento modificándolo sensiblemente sin

(1) Renouvier.

(2) P. Carbonelle, vid. *Revue Thomiste*, Mayo del 97, artículo del P. Munnynck.

(3) Vid. *Revue Thomiste*, número de Enero del 99.

(4) Por *trabajo* no se entiende el efecto de una fuerza cualquiera; es el producto de la proyección de la fuerza sobre la trayectoria del móvil multiplicada por esta misma trayectoria. De aquí, que las fuerzas que sólo modifican la *dirección* sin suprimir *velocidad*, no producen *trabajo*, aunque su *efecto* sea considerable.

modificar la suma de energías, esperemos tranquilos otros nuevos argumentos de nuestros impugnadores, quienes tampoco deberían haber dejado de fijarse, como ha notado oportunamente el padre Couailhac (1), en que el teorema de las fuerzas vivas $(T + \Pi) - (T_0 + \Pi_0) = \Sigma \int F_e$ sólo se refiere á la *cantidad*, quedando lo que hoy llaman los modernos *cualidad* fuera por completo de las fórmulas y medidas experimentales de los físicos (2).

Pero como esto no constituiría más que el lado negativo del problema y encierra uno positivo y es muy interesante, después de haber rebatido *ad hominem* á los deterministas y haber evidenciado lo ilógico de su paralogismo, examinemos las diversas soluciones que se han dado á la objeción.

Han sido de tres clases: filosóficas, matemáticas y mecánicas, á las que puede agregarse la del padre Munnynck, de la Orden de Predicadores, que es filosófico-mecánica.

Para los deterministas, la voluntad es una célula de la corteza cerebral, ó un centro nervioso de la capa cortical del cerebro que excitado por un agente exterior y alterado en su equilibrio, entra en vibración y origina choques cuya resultante es una corriente de naturaleza especial en toda la longitud de la fibra nerviosa. Si la corriente llega hasta un músculo, producirá una contracción muscular; si hasta una glándula, una secreción. De donde infieren: 1.º Que todas nuestras acciones provienen de causas materiales encargadas de actualizar la energía potencial almacenada. 2.º Que puesto que somos comparables á una rueda solicitada á girar por un peso y mantenida en posición de equilibrio inestable por una palanca llamada

(1 y 2) Págs. 698 y 99 del número y revista citada.

voluntad, elevada la palanca por un agente exterior, la rueda gira *infallible* y *fatalmente*; y 3.º Que como para hacer vibrar un centro nervioso necesitaría la voluntad poder comunicarle *por sí misma* una velocidad cinética ó una forma cualquiera de energía, esto implicaría la existencia de un trabajo exterior al sistema y que al sumarse á las fuerzas vivas existentes lo alteraría; por todo lo cual, hay que relegar la libertad á la categoría de las ilusiones y utopías.

Descartada la solución Carbonelle, convengamos con los deterministas en que efectivamente la libertad no es productora de fuerzas vivas: una cosa es obrar y otra el *modo* de obrar al ejecutar actos libres. Es más, hay que admitir como afirma Mgr. Mercier, que la actividad exterior de nuestros órganos no es más que la energía potencial reducida al acto por la voluntad, *reducción* que no implica gasto de fuerza viva. ¿Cómo pueden ambas cosas verificarse sin menoscabo de nuestros derechos ni de los derechos de la ciencia?

M. Freycinet en su *Essai sur la philosophie des sciences*, apela «al equilibrio entre las energías externas y el trabajo ejecutado por los actos voluntarios.» Según él, nos comportaríamos «como una máquina térmica, en la cual entran y se consumen las sustancias alimenticias de la energía necesaria para su actividad.» «La libertad nada añade al fondo común de energías físicas; es un simple episodio de su transformación... Nos encontramos, pues, en presencia de un fenómeno más ó menos complejo, no en manera alguna con una antinomia irreductible que exija el sacrificio de uno de los términos al parecer opuestos.»

Solución superficial, pero que tiene la ventaja de precisar claramente que, ni en las acciones exteriores del hombre ni en los fenómenos concomitantes á las opera-

ciones intelectuales, se despliega otra energía que la acumulada por el organismo. ¡Si explicara cómo sin realizar un trabajo se varía el equilibrio inestable de un sistema!...

Cournot, Saint Venant, Boussinesque, Delbœuf y otros han buscado la solución en la misma ciencia que más ha contribuído á reforzar la dificultad, en las matemáticas. Es evidente que todos los movimientos del universo—incluso los cerebrales—están determinados en velocidad é intensidad, pero no en dirección; luego, si la noción de trabajo es independiente de la dirección, reservando á la voluntad la dirección de los movimientos moleculares de los centros nerviosos, salvaríamos la libertad sin caer en el inconveniente con que nos amenazan los deterministas, puesto que no se crea ningún trabajo nuevo. Podrán algunos inquietarse porque la conciencia parece indicarnos que no sólo la dirección sino también la existencia de los actos libres se debe á la voluntad, pero desde luego la existencia real de fuerzas directrices, no productoras de trabajo, quita gran fuerza al argumento determinista.

Saint Venant y Fouillé, partiendo de la exigüidad de trabajo que ciertas máquinas exigen para desarrollar una cantidad colosal de fuerza viva (un pequeño choque hace detonar la nitroglicerina), sientan por principio que cuando las máquinas acumuladoras se eleven á una perfección infinita, el trabajo por ellas exigido será cero. Aplicado á los centros nerviosos, un trabajo infinitamente pequeño de actividad psíquica bastará para actualizar su potencial sin aumentar ni disminuir las energías ya existentes. Solución más ingeniosa que sólida, pues ó el acumulador sería irrealizable en la práctica ó la variable jamás llegaría á cero; así que el trabajo *actualizante* jamás podría ser nulo.

Boussinesque demostró que la trayectoria de un punto

en movimiento, lejos de estar fatalmente determinada, es completamente indeterminada en existencia y en dirección, si puede ofrecer «soluciones singulares.» Cuando se anula la fuerza variable que solicita al móvil, llega éste á un punto de bifurcación, y la ecuación de la curva quedará satisfecha, ora permanezca estacionario, ora prosiga su marcha, ora tome las más variadas direcciones. ¿Habrá en el cerebro del hombre movimientos cuyas ecuaciones admitan integrales singulares y el principio director, el alma, escogería libremente cualquiera de las soluciones particulares que las satisficiese? ¡Quién sabe si los teoremas matemáticos son susceptibles de aplicaciones filosóficas! (1).

Y puesto que toda la dificultad estriba en ver de explicar cómo la voluntad no necesita producir ningún trabajo para exteriorizar la energía potencial de nuestros órganos, oigamos al P. Munninck que parece haber dado con la solución:

«La actividad fisiológica es, como sabemos, un trabajo de desasimilación, de descomposición del protoplasma en especies químicas más estables y sencillas. Luego la energía que se trata de actualizar es la energía química acumulada en nuestros tejidos, y entonces podemos comparar el trabajo que exija ese cambio al que requiere, v. gr., la deflagración del cloruro de nitrógeno. En am-

(1) *Aprés tout, l'existence et la conservation de corps vivants ne manque pas d'analogies avec les paradoxes: faire tenir une hache sur son tranchant n'est pas contraire aux lois de la mécanique, mais c'est un cas difficile á réaliser; faire tenir une statue sur ses pieds, sans pedestal, serait aussi difficile, et cependant l'homme, habitué á se tenir debout, ne songe pas á remarquer que cette attitude est paradoxale.—Alexis Bertrande.—(Obrá citada, pág. 313.)*

bos casos nos hallamos ante sistemas de átomos dotados de un potencial retenido por la naturaleza del compuesto. Toda la cuestión se reduce, pues, á buscar el equivalente mecánico de esa fuerza. ¿Basta alejar de su posición de equilibrio estable á un sistema móvil cualquiera para que este se conserve en posición de equilibrio inestable y se reserve su energía potencial? ¿No se necesita además una fuerza antagonista que neutralice á las que le solicitan y le harían inmediatamente recobrar su primitiva posición? ¿Por qué no cae un cuerpo elevado á la cima de una montaña, si allí encuentra una superficie horizontal? Porque la reacción de la superficie es igual y opuesta á la fuerza que solicita al móvil á descender. Algo análogo ocurre verosímilmente con todos los compuestos cuya destrucción provoca la aparición de una energía, v. gr.: el calor. Esta energía no proviene precisamente de la descomposición, la poseen los elementos con anterioridad á su unión. La combustión del acetileno C_2H_2 , da un excedente de sesenta calorías sobre el calor de combustión de sus componentes, por que ese calor estaba allí previamente almacenado y la naturaleza del acetileno posee esencialmente una fuerza antagonista de la que le solicita al movimiento calorífico. ¿Podremos aplicar estas nociones incontestables á la sustancia nerviosa, materia viviente por excelencia? Sí; lo que la mantiene en su naturaleza, lo que la impide su retorno al reino químico, la fuerza *antagonista* que se opone á la actualización de su energía potencial, acumulada químicamente, es la fuerza que sostiene á todo el cuerpo humano, es la forma sustancial de nuestra naturaleza, es el alma humana que en virtud de su esencia espiritual es forzosamente exterior al universo sensible. El problema está por consiguiente resuelto. El alma espiritual obra sobre sí misma sin pro-

ducir trabajo alguno y contrarestando la fuerza antagonista, se opera el fenómeno de descomposición química que da por resultado la actualización de la energía acumulada por los elementos constitutivos del sistema nervioso. Así como la superficie plana situada en la cima de la montaña no realiza ningún trabajo para sostener al móvil, ni el acetileno para impedir la exteriorización de la energía calorífica, el alma tampoco lo ejecuta para informar el sistema nervioso. Y á voluntad, el hombre, dentro de los límites que le fija la constitución anatómica de su organismo y los de la energía química disponible, realizará libérrimamente toda clase de movimientos y funciones, ora nutritivas, ora de relación sin atentar al principio de Mayer.» (1).

En frente, pues, del moderno fatalismo, en frente de las insolentes pretensiones de la escuela italiana y de los deterministas, con invocar el fecundo principio psicológico de Santo Tomás, de que no hay en nosotros más forma sustancial que el alma humana, podemos repetir con el salmista: *gloria et honore coronasti nos, Domine*. Mejor que Cornelia, presentando nuestros actos libres, esos hijos de nuestra laboriosidad y nuestro incesante guerrear contra la triple concupiscencia de que nos habla San Juan, podemos decir rehabilitados á los ojos de nuestra conciencia: «He aquí mis joyas.»

Porque no obedecen á una actividad mecánica regulada por leyes inflexibles; porque nuestras determinaciones no están sujetas á la fatalidad; porque las adoptamos espontáneamente; porque podemos entrar y salir por el tejido de las fibras y moléculas en que se pretende atri-

(1) Vid. *Revue Thomiste*, número de Mayo de 1899, páginas 175 y 79.

sionarnos, encontrando siempre franco y expedito el paso, y por que poseemos una fuerza superior, subsistente, simple, espiritual que nos autoriza á lanzar este grito victorioso «¡Soy libre en la materia esclava!» (1), *¡Gloria et honore coronasti nos!* (2).—*Voluntaria oris mei beneplacita fac, Domine.* (Ps. 118.)

Constituisti eum super opera manuum tuarum.

VI

Después de haber estudiado y admirado la naturaleza del hombre, Santo Tomás se ocupa de *ejus productione*. Con el salmista no sólo dice que Dios nos ha creado, sino que nos ha hecho superiores á las restantes obras de sus manos. Dos afirmaciones que encarnizadamente niega la moderna ciencia. Y á la verdad, que ignoramos de todo en todo el fundamento y no acertamos á explicarnos esa enemiga de los científicos para con Dios. Comprendemos que los positivistas hagan votos por ver exterminada la raza de los metafísicos y la predigan un fin análogo á la de los Pielos Rojas en América, á pesar de que parece gozar de buena salud, pese á los augurios de Bourdeau (*Revue bleue-mai-1894.*) Pero el hombre de ciencia, en cuanto tal, preocuparse por el *Origen* que hayan tenido las cosas y ponerse á comparar la *autogonía* con la *creación*, y estampar que «la primera hipótesis es más verosímil que la segunda» y que «rechazada la generación

(1) Vid. P. Monsabré, conferencia sobre *La naturaleza del hombre*.

(2) *L'accomplissement du devoir est la plus haute dignité de l'homme en ce monde, les stoiciens avaient raison de placer la perfection dans la pratique de la vertu.* P. Villard, *La Providence*.

espontánea hay que recurrir al milagro de una creación sobrenatural (1), podrá ser muy *hœckeliano* y *darwinístico*, pero es bien poco *científico*, en el sentido en que hoy se toma la palabra!

Véase dónde vienen á parar todos los afectados *nosequeísmos* de los agnósticos, respecto á la esencia de los seres y la causalidad y finalidad de los fenómenos. Con razón se nos encargaba no dar oído á sus fingidas protestas de humildad acerca de la impotencia de nuestra razón, de la imperfección de los *registros*, de la carencia de datos científicos para demostrar *aún* la imposibilidad de la formación de un ser viviente á expensas de fuerzas exclusivamente físico-químicas, ó de las recorridas apelaciones al tiempo, á la variación de circunstancias ó á lo desconocido (2). Son señuelos, añagazas para mantenernos embaucados dentro del mundo empírico, á la manera que Almanzor tenía embobado al príncipe Ixen en los voluptuosos jardines de la Ciudad de los Califas, mientras él de todo se enseñoreaba y *solo y señoero salía á sus algaras*. ¡Qué empeño por excluir de las *suyas* á Dios ponen algunos científicos! No son la ciencia y la revelación dos vidrios de distinto color cuya superposición produzca oscuridad en nuestra mente, sino el ocular y el objetivo de poderoso instrumento amplificante.

Por algo se ha dicho que las ciencias, como las musas, son hermanas. Y ni los mismos positivistas se resignan á no poseer más conocimientos que los que les suministrara un catálogo de hechos, un almanaque de nombres y un calendario de números y fechas. Sorprender las

(1) *Creat. Natur.*, págs. 307 y 308.

(2) Podrían las citas multiplicarse á granel; por lo mismo las omitimos.

reconditeces de la creación, fijándose en las circunstancias que concurren á la producción de los hechos é indagar ó formular las leyes que los rigen, establecer las relaciones existentes entre los seres, agruparlos en jerárquico escalafón, remontarse á las últimas causas, descomponiendo la complejidad fenoménica, cual un prisma la luz, y engarzar con el áureo hilo de la unidad y simplicidad la variedad inmensa del Cosmos es el ideal que, á despecho de prejuicios sistemáticos, alienta constantemente al verdadero científico en el campo, en el gabinete y en el laboratorio. ¿Cómo explicar de otra suerte la multitud de clasificaciones naturalistas? ¿A qué han obedecido y obedecen todas sus loables tentativas por la implantación del método natural? Una clasificación que fuera una fotografía de la realidad, un encadenamiento progresivo, una ordenación lógica y fundada de los seres, donde á primera vista apareciesen sin omisiones, truncamientos ni lagunas, merced á completísima investigación, los caracteres típicos, yendo de lo simple y elemental á lo compuesto y desarrollado en círculos constantemente concéntricos, cual es la propagación de la luz, del calor y del sonido, no satisfaría cumplidamente las legítimas ambiciones del empírico más estirado? ¿A qué debe ó debió su boga el monismo sino al aparato de unidad y sencillez que se traía? Ernesto Hœckel es, dentro del naturalismo, lo que Hegel fué en el terreno idealista. ¡Pero cómo ha de ser! Dios parece que se ha propuesto burlar siempre la «sabiduría de los sabios», y por más que nos halaguen y deslumbren tan vastas síntesis, quizá están en lo cierto quienes sostienen la imposibilidad de las clasificaciones genealógicas. Lo innegable es que pecan de artificiosos los desarrollos ontogenéticos. Y desde luego, abundan los transformistas partidarios de fuentes múltiples de derivación, y no conten-

tándose con un árbol idean todo un bosque genealógico; conceden mayor importancia á la geografía geológica que á la morfología; niegan universalidad á la ley biogenética, consignan que los embriones ofrecen analogías bien desemejantes de las que ofrecen los adultos, y desmienten en redondo que pueda elevarse á la categoría de principio ó postulado, el que las fases evolutivas recorridas por el embrión de un animal superior desde el óvulo á su desarrollo final respondan á las fases recorridas por la evolución histórica de los animales que componen la serie de los antepasados del mismo tipo.

¿Qué autoridad científica le queda, pues, á la decantada doctrina del progreso, y á qué han venido á reducirse los ditirambos que en loor de la misma dispararon Darwin y sus discípulos? Verdad es que no dejaron éstos de reconocer algunas transformaciones regresivas, algunos casos de retroceso orgánico admitieron; pero á título de contadas excepciones que robustecían más bien que debilitaban la regla general. Vogt se encargó de evidenciar que los factores del progreso no son siempre cantidades positivas, las hay también negativas, y desde luego se presentan variables y tornadizas en tanto grado que el parasitismo, la habitación, el alimento, necesidades ofensivas y defensivas, etc., etc., pueden ser causas permanentes de degradación. «Todo progreso en una dirección determinada va acompañado, si no de retrocesos, al menos de altos y estacionamientos privativos de otras direcciones». (Vid. Quatref. *Les emul.*, Vogt, pág. 17.) El estudio del nacimiento y desarrollo de los pólipos; del *Entochonca mirabilis*, molusco gasterópodo; del *Lerznediscus porcellanæ*, crustáceo, y de una redia de trematodos, fueron elocuentes hechos aducidos para demostrar la existencia actual de la degradación. Así como la coexis-

tencia de todo el grupo de graptolítidos en el silúrico, la brusca aparición de trilobites y cefalópodos en la era primaria, la flora permo-carbonífera, las meganeuras del etienense, los gigantescos saurios de la oolita, el *stereorachis* que «se presentó antes de tiempo» (Gaudry) y otra multitud de datos no dejan lugar á duda de que los seres menos complicados, lejos de ser principio, son con frecuencia términos finales de las series.

Pero demos de barato que el transformismo fuera un hecho y se admitiera ó rechazara por razones científicas—lo cual niega Ives Delages—y tengamos por cierto el tránsito del reino inorgánico al orgánico en virtud de la evolución; la materia, ese ídolo contemporáneo, se convertiría en Dios por existir *á se*; para lo cual no necesitábamos verdaderamente molestarnos. ¿Es que el positivismo desea sencillamente un cambio de dinastía (1)? No pondrían

(1) Après tout, avons nous d'autre raison (que tout se passe comme s'il existait) de croire à l'existence des objets matériels? Ce n'est là aussi qu'une hypothèse commode.... Poincaré-Ther. mathem, de la lumière.—Preface.

Il est inouï que depuis trois siècles qu'on ait pu tant parler de force et de *matière* de mouvement et d'accélération, de température et d'intensité lumineuse, sans savoir ce que par ces mots on voulait signifier. Il est inouï que ce grave et fondamental défaut de la science moderne soit à peine reconnu de nos jours et par quelques uns seulement, par quelques esprits plus pénétrants et plus sincères que les autres.—(Théories Physiques, par le P. Lacombe. —Revue Thomiste, 93, número 6.)

El P. Gardeil, hablando de las condiciones de la Evolución física, señala como primera condición la «Materia prima», y con el fin de fijar el concepto de materia y hacer resaltar el absurdo de nuestros adversarios, al reproducir las aseveraciones de David de Dinand, vamos á copiar un párrafo notabilísimo de la *Revue Thomist.*, pág. 225, de Mayo del 96: «Il est

tanto empeño en entroncarnos con el mono, bien á título de ascendiente, bien á título de colateral (1).

Pero lo primero que habíamos de suplicarles es que se pusieran de acuerdo. Lamarck intentó indicar el cómo podía concebirse la transformación directa del chimpancé en hombre. En esto no le han seguido los transformistas; ninguno de ellos nos da por antecesor inmediato alguna especie de las actualmente existentes. Los hay mono y poligenistas (2), y el mismo Hœckel se inclina á una ó á otra hipótesis, según las exigencias de su monismo. Es *mimético* por extremo el autor de la Antropogenia, é indudablemente, como dice el P. Gardeil: *quelle belle chose que le mimetisme:—Je suis oiseau, voyez mes ail es.—Je suis souris: Vivent les rats. (Revue Thomiste. Mai, 1894.)*

dans cet passage un mot que fait saillie sur l'ensemble et inquiète tout d'abord le penseur moderne. C'est le mot de matière, ce qu'il faut entendre évidemment de la matière première aristotelicienne; nec quid, nec quale, nec quantum, nec aliquid eorum quæ per ens determinantur (VIII, Methph. c. II). Faire partir l'évolution d'une entité si insaisissable n'est ce pas un songe creux? On l'eût pensé il y-a quelques années du temps où les choses matérielles, les faits de Taine, les atomes de Würtz, les substances de Berthelot étaient réputées intelligibles. A l'heure actuelle on ne parle plus que de l'absurdité de la matière. On n'admet plus qu'une matière épurée, spiritualisée-force attachée á des-points mathématiques pour les objectivistes lebnitziens-noumene insaisissable-construction intellectuelle pour les amateurs de subjectif. De ce fait la matière première d'Aristote retrouve la faveur dans la proposition même du discredit qui frappe la matière concrète.

(1) Vid. Quatref., *Origin. de l'espece humaine*, pág. 76.

(2) Vid. Quatrefag. en varias de sus obras. «Los precusores franceses», «Los émulos de Darwin», «La Especie Humana», etc. Vid. etian P. Monsabré; Confer. XXVI; apéndice á la Unidad de la Especie Humana, etc., etc.

Darwin, en su «Origen de las especies», apuntó al final, y como de pasada, la posibilidad de aplicar al hombre su teoría, y fué bastante. Büchner se encargó de declarar que el maestro no había sido desde luego más explícito por halagar las creencias bíblicas de sus conciudadanos, aunque esto cediera en detrimento de la verdad. Algo le asustaban los temerarios arrojos de sus principales discípulos; pero como al propio tiempo no le disgustaba la resonancia de su teoría acerca del origen del hombre, escribió una obra para que pudiéramos *imaginárnosla*. Huxley, en su libro «Man's place in Nature»; Hœckel en su «Antropogenia» y «Creación natural»; Vogt en sus «Lecciones sobre el hombre», y Büchner en el «Hombre según la ciencia», fueron los primeros en acudir á la Anatomía, á la Embriogenia y á la Paleontología para ver de demostrar la carencia de propiedades esenciales distintivas entre el hombre y los antropóideos y relacionarle con éstos, de los cuales nos separan menos diferencias de las que distancian al gorila de los animales inferiores; y que también los brutos poseen inteligencia y moralidad y alguna conciencia de sus actos y rudimentos de lenguaje, por lo cual todo se reducía á diferencias de mera cantidad, y sabido es que *magis et minus non mutant speciem*.

Como se ve, el fundamento de la discrepancia estriba en la falsa idea que tienen del reino humano. Por eso Santo Tomás en su clásico tratado comienza por fijar perfectamente la naturaleza del hombre. La producción es un corolario del ser específico. *Eo modo competit alicui subjecto fieri quo ei competit esse*, dice el Angélico; y para que no se crea que esto es pura Metafísica, recuérdese que en este mismo principio funda Lapparent su autorizada clasificación mineralógica. Los cuatro grupos que forma de minerales de *escorificación*, de *precipitación química*,

de *emanación* y *origen orgánico* (1), fluyen de la naturaleza misma de los elementos constitutivos de la tierra en su origen.

Si, pues, la formación del reino inorgánico obedece á leyes impuestas por la característica de cada especie, ¿había de regirse por leyes inarmónicas el reino superior de los vivientes? En manera alguna. El alma por ende no es el producto de la metamórfosis y de una composición extraordinaria de la materia; ni el conjunto de sus facultades es el resultado de las funciones encefálicas (2); el alma exige ser inmediatamente creada, y creada por Dios. «Como que entre todas las formas es la más elevada por su nobleza y en tanto sobrepuja á la materia, en cuanto tiene una potencia y una operación que de ningún modo pueden convenir á las sustancias corporales» (3).

Platón, en uno de sus diálogos—el Fedón—dice: «Todo lo que es corpóreo y sensible está sujeto á mudanza y no permanece nunca en un mismo estado. Las partes de que está compuesto se desprenden, se evaporan y se disipan continuamente; pero el alma es un ser simple, indivisible, inalterable..... Se parece más bien á la belleza inteligible, inmutable y eterna, que á las cosas sujetas al dominio de los sentidos». Y Cicerón, en sus Tusculanas, libro 1.º, cap. 27, después de afirmar que «en el alma no hay mezcla ni composición alguna, ni nada procedente de la materia ó forma de ésta», añade: «Jamás podrá averiguarse de dónde recibe el hombre estas cualidades divinas, á no ser que nos remontemos al ser Increado».

(1) Vid. Lapparent. Mineralogía, págs. 380 y 81. Deuxième, édition.

(2) Büchner. El hombre según la ciencia, y Alma y cerebro.

(3) Cf. Sum. Theol. 1, p. q. 76, art. 1.º

Dios, hé ahí nuestro artífice; sus manos divinas nos han modelado; Dios nos ha revestido de carne y piel y fortificado con huesos y nervios; Dios inspiró en nuestra faz el espíritu de vida y fuimos hechos con un alma viviente. En cuanto al alma y en cuanto al cuerpo, de Dios inmediatamente procedemos. Ahora se comprende el por qué Balmes hallaba tan profunda la razón que da Santo Tomás para probar que Dios es nuestro último fin, precisamente porque es nuestro principio. ¡Somos edificación de Dios!

No son nuestras almas expansiones groseras de la sustancia divina, que semejaría entonces calamar inmenso, dilatando y retrotrayendo sus tentáculos, ni de corporea naturaleza por sutil y delicada y eterizada (1) que se la sponga, ni una centella desprendida del alma universal, son *el último término de la serie ascendente y progresiva del universo, el coronamiento de la evolución corporal*. La gradación de formas, con su doble carácter actual potencial, que arrancando de los cuerpos simples sube por las combinaciones químicas hasta el alma vegetal, y por medio del alma vegetal hasta el alma sensitiva, sin interrumpir el progreso generativo que nos evidencia la morfología embriológica, se limita en el alma intelectual hacia la cual tiende la materia como hacia su postrera y definitiva forma.

¡Qué armonía más sublime en el procedimiento serial de los principios motores y genéticos! ¡La creación entera ocupada en preparar y disponer una materia digna del alma humana (2)! ¡Las miríadas de tipos y de individuos

(1) Vid. Colonias animales de E. Perrier, conclusión.

(2) Vid. L'Evolutionisme et les principes de Saint Thomas, par el P. Gardeil, publicados en el Revue Thomiste.

que nos han precedido en la sucesión de las edades geológicas ocupados inconscientemente en ir adaptando con repetidas modelaciones la plástica arcilla sobre la que había de caer una mirada creadora del Hacedor! ¡Y abo- lengo tan nobilísimo es el que tratan de arrebatarlos! ¡Ah, en manera alguna lo consentiremos! ¿Lo atribuí- á falso orgullo, á ignorancia supina, á falta de inicia- ción positivista? ¡Descendamos á vuestro propio terreno! Prescindamos un momento de que por el alma vive el hombre y el alma sólo es de Dios! ¡Harto nos consta que si rechazáis la subordinación de las causas eficientes es porque el mundo, que salió de Dios por la creación, vuel- ve otra vez á Dios en el orden de la finalidad con reversión espléndida y soberana! ¡Fijémonos en el cuerpo humano, en ese cuerpo á quien tanto nos acusais de despreciar y que nadie como la Iglesia Católica respeta por mirarle como templo del Espíritu Santo y en potencia para la suprema configuración de futuras inefables claridades; fijémonos y asombraos: en la *Questión 91* de la primera parte de la *Suma* había ya Santo Tomás hecho resaltar con una precisión portentosa los caracteres distintivos en- tre el hombre y los animales más perfeccionados! Huxley comete un sofisma indigno de la claridad y penetración de su procer inteligencia al insistir tanto sobre las dife- rencias existentes entre los antropomorfos y los monos in- feriores y no ocuparse de la naturaleza y significado de semejantes diferencias. Importa hacer constar que estas diferencias, lejos de rebajarlos al nivel de otros grupos de mamíferos inferiores, los elevan y aproximan al hom- bre. (Vid. *Quatrefages*, paralelo entre el hombre y el *Cri- sotrix*.) Y en último resultado, que morfológicamente diste más una *Anodonta* de un antropomorfo que éste del hombre, no es ningún descubrimiento; la cuestión es si

la Anatomía y la Morfología establecen una profunda separación entre nosotros y los antropóides, y esto es innegable; y nosotros, que si bien consideramos á Santo Tomás como un faro, no figuramos en las filas de los que, según la pintoresca frase del P. Lacordaire, hacen del Santo un dios-término, nos complacemos extraordinariamente en subrayar el artículo en que el Angélico Doctor dirimía hace seis siglos la actual polémica (1).

Estación bípeda, posición del agujero occipital, horizontalidad de la mirada, parabolismo de las mandíbulas, disminución de la cara, volumen del cerebro, mayor división de trabajo, desnudez de la piel, perfección de los órganos internos (laringe, oídos, imaginación, etc.), del

(1) *Homo inter omnia animalia, respectu sui corporis, habet maximum cerebrum (ad 1.^m)*

— *Tactus qui est fundamentum aliorum sensuum est perfectior in homine. Praecedit etiam homo omnia alia animalia quantum ad vires sensitivas interiores (ibid).*

— *Loco horum (armas, dureza de la piel, plumas, pelo, etcétera) habet rationem et manus quibus potest sibi parare arma et tegumenta et alia vitae necessaria infinitis modis, unde et manus dicitur organum organorum (ibid).*

— *Homo habet faciem erectam et cerebrum super omnes partes corporis elevatum.*

— *Non habet os oblongum, nec labia dura et grossa.*

— *Locutionem quæ est proprium officium rationis.*

— *Si haberet pronam staturam, oporteret quod uteretur manibus loco anteriorum pedum et sic utilitas manuum ad diversa opera perficienda cessaret.*

— *Corpus hominis solum inter terrenorum animalium corpora non pronum in album prostratum est; sed tale est ut ad contemplandum coelum sit aptius; 2.º ut libere possit ex omni parte sensibilia cognoscere, et cœlestia et terrestria; 3.º ut interiores animæ vires liberius suas operationes habeant; 4.º ut uteretur manibus; 5.º pro locutione (in corpore et ad objecta). ¿Utrum corpus hominis sit convenienter dispositum?*

tacto y de la mano, y facultad de lenguaje, órgano privativo de la razón, fuente á su vez de la libertad, moralidad y religiosidad (1).

¿Falta algún carácter esencial? ¿Qué trabajo puede costar á cualquiera, por poco iniciado que se halle en Antropología, traducir al lenguaje científico moderno los textos de Santo Tomás y ver que de ellos fluyen la multitud de caracteres que suministra el esqueleto, el hombre vivo, las fases de su desarrollo y la Paleontología? (2). ¿Y obra tan acabada, tan perfecta, tan armó-

(1) *Voluntas in ratione est*, ha dicho acertadísimamente Santo Tomás; sin embargo, pueden ser susceptibles de interpretación adecuada los dos caracteres de la *religiosidad* y *moralidad*, atribuidos por Quatrefages al *reino humano*. Alexis Bertrand dice á este propósito en la última página de su obra ya citada: «La religiosité et la moralité, selon M. de Quatrefages, caractérisent le *regne humain*; c'est que l'intelligence est tout entière constituée par l'idée de Dieu et qui la liberté n'existe que pour la moralité et par la moralité. Penser, c'est penser Dieu, car toute idée trouve sa raison et son achèvement dans cette idée suprême. La théorie platonicienne de l'identité de la science et de la vertu achève et complète la théorie biramienne de l'identité de l'intelligence et de la volonté. Ajoutons encore, pour que la synthèse soit parfaite, que la vie future doit être identifiée avec la vie présente, puisque l'existence de l'ame est intemporelle.»

Prescindiendo de alguna frase de sabor *ontologista*, suscribimos de buen grado esta paráfrasis.

(2) La característica morfológica del hombre y los monos se resume en tres palabras: el hombre es *bipedo*, *terricola* y *andador*; el antropóide es *trepador*, *arboricola* y fisiológicamente *cuadrumano*, ó *queirópodo*, como le llamó Halfort. De aquí dimanán todos los demás caracteres esqueléticos, miológicos y de desarrollo: Frontal ascendente, ancho, despejado y curvo; parietales cuadrangulares, concoideos y anchos; gran parte de la bóveda craneal expedita; arcos superciliares menores; órbitas cuadrangulares; nariz en caballete; espina

nica, tan bella, había de ser producido *fatal é inconscientemente*? ¡Eso es renunciar á todo lo que de grandioso encierra la evolución! ¡Eso es errar abiertamente acerca del plan de la creación! ¡Eso es desconocer la necesidad de una inteligencia directora! (1).

nasal fuerte, con rebordes salientes y escotadura; arcos cigomáticos pequeños; ramas de la mandíbula parabólicas; reducción de la mandíbula; barbilla prominente; de los molares, el primero es el mayor; extremidades anteriores no sólo más cortas que las posteriores, sino también más cortas que la columna vertebral; figura sigmoidea de la misma, á lo que Laurence daba tanta importancia y por lo que Serres hacía del hombre un reino aparte; situación del agujero occipital por debajo y en el centro de la base del craneo; articulación recta del pié con la pierna; dedos del pié cortos; configuración del pié que forma un todo macizo y el *sello* que llevan todos los huesos humanos hacen del esqueleto del hombre un esqueleto aparte.

Añádase la carencia de bolsas laringeas, la debilidad de los músculos de la espalda y lo elevado del dorso, que permiten á la cabeza erguirse sobre el tronco; libertad de movimiento en todos sentidos del brazo y antebrazo y de éste con la mano; el largo flexor de la mano; los músculos de inserción de la cadera con la pelvis y amplitud de esta misma, los músculos de inserción de la pierna con el pié; carencia de movimientos laterales en el pié; los dedos podrán obrar como pinzas, nunca oponiéndose el pulgar á los otros. Con respecto al desarrollo, recuérdense las diferencias que arrojan los ángulos facial, esfenoidal y órbito-occipital; y sobre todo, notemos con Broca que, si aisladamente los huesos y las articulaciones no acusan gran diferencia, la impresión del *conjunto* es enorme.

(1) Líbrenos Dios de incurrir en abusos *teleologistas*. Claro que la remolacha no almacena su azúcar para endulzar nuestro café, lo hace para subvenir á sus necesidades fisiológicas en el segundo año de su vida. Pero cuando personas como Ives Delage ante las *exigencias* de los seres organiza-



¡Puesta la creación, todo debía conspirar á un fin, el alma racional y las operaciones de la misma, que habían de unir el punto de partida con el término, el *ente prope nihil* con el Creador. Repitamos, pues, con Santo Tomás: *Solus Deus potuit vel virum de limo terræ vel mulierem de costa viri formare* (q. 92, art. 4.^o); para que en la tierra únicamente la humanidad, dentro de su unidad específica, fotografiara á la Trinidad Beatísima, siendo exclusivamente imagen y semejanza de la divinidad (q. 93).

¡Qué extraño es que Shakespeare (en su Hamlet, act II, esc. 2.^o) exclamara contemplando al hombre: ¡Qué obra más clásica es el hombre! ¡Cuán noble por su razón! ¡Cuán infinito por sus facultades! ¡Cuán admirable y expresivo por su forma y sus movimientos! ¡Cuán parecido en su acción á los ángeles! ¡Cuán semejante á Dios en sus concepciones! ¡Es la maravilla del mundo, el tipo supremo de los seres animados!

Ante esas protestas, dejadme apostrofar con el Padre Monsabré á las criaturas todas y decirlas: « Venid, venid, criaturas de este mundo, venid todas y admirad la belleza del cuerpo humano (1), aspiración final de vuestras tendencias, y tomadlo por modelo vuestro. Elemen-

dos para *no morir*, escribe: « Ici comme par tout la Seleccion naturelle, en ne laissant vivre que ce qui est apte á vivre donne *l'illusion du providentiel* (pág. 757 de *La structure du protoplasma*, etc.); nosotros podemos perfectamente admitir la *realidad* de un plan superior, extracómico, sabio, providencial.

(1) Hasta treinta anomalías señala Lombroso en los cráneos y en otras partes del cuerpo, dientes, ojos, mandíbulas, brazos, manos, orejas, nariz, cabello y secreciones, por defecto de organización. *Nolite secundum faciem judicare*. Ya Eurípides, en su Medea, se quejaba á Zeus de que habiendo dado á los hombres medios de discernir si el oro es ó no fal-

tos derramados por el espacio, venid y aprended la manera de colocaros con orden y de combinaros en proporciones invariables; astros del firmamento, venid y aprended cómo habeis de obedecer á las leyes que os rigen y á los espíritus que os gobiernan; océano tempestuoso, ven á aprender el ritmo de tus palpitaciones y á que de tu seno irradien las aguas propicias que han de alegrar la tierra; ríos, torrentes, arroyos, venid y aprended el modo de empalmaros, de regular vuestras corrientes y de multiplicar vuestras saludables influencias; rocas primitivas que formais el esqueleto del globo, venid y aprended el modo de sostenerlo y de contener los latidos de su ígneo centro; abismos, venid á aprender cómo debeis ocultar vuestros

so, no hubiese grabado señal alguna en el rostro de los hombres para conocerlos.

Bertillon, en la prefectura de policía de París, ha organizado un servicio antropométrico, y otras varias naciones hacen lo propio, sin poder confirmar la existencia del tipo criminal. Tampoco revelan nada los Atlas de Lombroso. Verdad que *cor hominis inmutat faciem ejus sive in bonum sive in malum*; pero esto admite mucha latitud. También Aristóteles afirmaba ya en su tiempo que hay hombres que hacen predominar el cuerpo y la bestia sobre la parte superior, mas lo bueno muchas veces anda divorciado de lo bello. Con razón no hacía caso ninguno de las pruebas metoscópicas de los fisonomistas el célebre Buffón. Ni la capacidad craneana, ni la asimetría, ni las cuatro circunvoluciones frontales, ni la braquicefalia, ni la dolicocefalia, ni el atavismo, ni la forma de las orejas, manos y nariz, ni la insensibilidad, ni ninguno de los otros caracteres pueden invocarse como decisivos. Recordamos haber oído al Sr. Antón Ferrandiz que los lombrosianos recibieron el golpe de gracia al acudir á los Antropólogos para que sancionasen su teoría criminalista, que ofrece muchos puntos de contacto con la frenología de Gall.

tesoros; montes, colinas y montañas, venid y aprended cómo debéis adornar la tierra con vuestras soberbias crestas y con vuestros variados contornos; plantas de todos los climas, animales de los campos, de los bosques y de los desiertos, venid y aprended la manera de formaros, de aumentaros, de conservaros, de usar de vuestros sentidos, de moveros y reproduciros; venid y admirad este cuerpo que fué criado el último, contemplado por Dios antes que por vosotros en los exordios de sus adorables caminos, porque era el más bello y el que había de ostentar todas vuestras bellezas. (Conf. XVII. *Belleza y grandeza del hombre*, pág. 175.) ¡Reconozcamos agradecidos con el salmista que Dios nos ha constituido *super opera manuum suarum!*....

Omnia subiecisti sub pedibus ejus.

VII

La conclusión á que hemos llegado en el número anterior es quizá de las que más excitan la bilis de los crédulos. Burmeister, Vogt y otra multitud de naturalistas confiesan que la unidad de la especie humana ha pasado del dogma á la ciencia. Razón de más para que ésta le estuviese reconocida, pues los monogenistas científicos son en su inmensa mayoría anticatólicos (1). No será, por lo tanto, un absurdo, como opina Schmit, investigar si la humanidad descende de una ó de varias parejas. Los astrónomos, cuando han observado la marcha y dirección de un astro, pueden encontrar por medio de operaciones ma-

(1) P. Zeferino, *Biblia y Ciencia*, tomo 2.º, pág. 59.

temáticas toda la órbita pasada y futura de ese astro. ¿Podremos hacerlo así nosotros con la humanidad? Gumplo-wize en su «Lucha de razas» apela á toda clase de argumentos para sacar adelante el poligenismo, y aunque su argumentación nada encierra de nuevo, la expondremos, pero no está demás hacer notar que tratar de resolver *a priori* un hecho no nos parece en verdad muy positivista.

La carencia en las razas de facultad adaptativa (1); la dificultad de asignar el color del hombre primitivo (2); la imposibilidad de la emigración (3); la irreductibilidad de las lenguas ó la no existencia de una lengua primitiva (4); el hecho de que los hombres han estado en guerra desde el principio (5) y la analogía entre el hombre y el animal son sus principales argumentos. En la naturaleza aparecen muchísimos gérmenes, pocos llegan á ser incubados y poquísimos á fructificar; ¿por qué la Naturaleza ha de haber seguido con respecto al hombre una política diferente? Así razonan contra la Creación.

Los trasformistas como Fritsch que todo lo fian á las circunstancias extrínsecas, inducen de la igualdad de estas últimas la necesaria existencia del poligenismo; y admiten con Waitz varios centros de aparición para el hombre, al igual que Agassiz, si bien éste es partidario de la unidad específica, lo cual no le ocurre á Hœckel, pues

(1) Burmeister; los negros no toman tipo alemán.

(2) Müller no sabe si las razas humanas son reductibles á un tipo.

(3) Kolb dice que el hombre no es cosmopolita; que vaya un europeo á vivir entre esquimales ó á trabajar como el negro en los trópicos.

(4) Pag. 138 de la obra citada de Gumplowick.

(5) Ibid, pág. 74.

á pesar de haber ideado su «Lemuria» (1); admite hasta doce especies autóctonas y una ó dos parejas primitivas; (centro dolicocefalo en África para el gorila y chimpancé y los negros y hotentotes; y otro centro braquicefalo en Asia para el orangután, los malayos y mongoles). «Todo depende, nos dirá el mismo, de una sana apreciación de las fases filosóficas de la teoría genealógica y la teoría pitecoide que son inseparables.» (Vid. Quátref. *L'Emules de Darwin*, pag. 84). Pero Vogt mismo ha comparado el arbol genealógico de Hœckel al caballo de Rolando, sin más defecto que su carencia de vida; y en la *Revue Scientifique*, pag. 648, después de evidenciar la necesidad de dar preferencia á la geografía geológica sobre la morfología y darnos la receta de que Hœckel se servía para la confección de sus clasificaciones, refiriéndose al antropomorfo ancestral que nos unía inmediatamente con la clase superior de los vertebrados, añade: «El paso del mono antropomorfo ancestral á los demás monos, de estos á los Prosimios y de los Prosimios á otras formas de mamíferos más antiguos, se parece al arco iris, al puente aéreo que conducía al Walhalla y sobre el cual cabalgaban las Valquirias y otros séres fabulosos.» Aparte de que como Gratiolet ha demostrado la familia de los antropomorfos nada tiene de homogénea; el orangután es un gibón perfeccionado, el chimpancé un macaco perfeccionado y el gorila un cinocéfalo perfeccionado pero sin llegar jamás al tipo humano (Vid. Quátref. crítica de Huxley en los *Emulos de Darwin*).

Tampoco es para pasado en silencio que asignar al

(1) Vid. Hœckel: *Historia Natural de la Creación*, tomo 2.º, pág. 299. Acerca del Sitio del Edem, vid. los artículos publicados por el P. Brosse en la *Revue Thomiste* en 1895.

hombre y á los antropóides un padre común está en abierta pugna con la ley de la caracterización permanente. Luego el *homo alalus* es un mito igual que el «continente que iría desde las Islas de la Sonda hasta el África Oriental y bajaría hasta los trópicos en dos penínsulas gangéticas» como es un mito el paralelismo absoluto entre los hechos embriogénicos y la Paleontología y quizá la misma ley biogenética que Hœckel considera como fundamental; y sin quizá es un mito la descripción que nos da del *H. primigenius*, que creyeron reconocer en el *driopithecus*, pero que les resultó un mono muy inferior.

Terminemos, pues, con Quatrefages diciendo: que así como Huxley, después de haber protestado contra los que tienen por insignificantes y de poca monta las diferencias extructurales entre el hombre y el mono, pudo añadir, «cada hueso del gorila lleva un sello que permite distinguirle del hueso humano correspondiente y en la creación actual á lo menos, no hay ser ninguno intermediario que llene el vacío existente entre el hombre y el troglodita;» así en la raza humana, por la organización física, sea dolicocefalo ó braquicefalo, grande ó pequeño, ortognato ó prognato el hombre cuaternario es siempre hombre en la acepción completa de la palabra. (Vid. *Espec. humana*; pág. 220).

Y eso, ora se trate del hombre fósil al que principalmente han acudido los poligenistas para encontrar caracteres símicos (vid. Quatrefages, *Espec. hum.*, continuación del párrafo citado), ora del hombre actual que «psicológicamente considerado, todo mueve á creer que en todos sus grupos descende de una sola pareja primitiva» (Quatref., obra citada, pág. 119). Otro tanto pudiéramos decir de los restantes caracteres intelectuales, lingüísticos, sociales, morales y religiosos.

Á las objeciones se responde sencillamente que cuanto más perfecto es el sér, más acantonado aparece; que hoy nadie pone en tela de juicio ya la facilidad de las emigraciones por mar y tierra; que la lingüística ó nada dice (Whitney) respecto de la identidad ó variedad de las razas, ó admite (Max Müller) la posibilidad de reducir á una las lenguas; y desde luego confina á las regiones de la mitología el creer que las lenguas acusen diversidad específica; que no hay tribu ninguna salvaje que no modifique su lengua, lo cual supone la facultad de abstraer (Fredault, apud. Jousset, pág. 129); que sólo en estado errático podrá existir, si existe, el ateísmo; y que el polifletismo podrá invocarse, cual lo hizo Calhoun, para justificar guerras brutales ó «para librar al hombre de la doctrina religiosa del pecado», pero la resurrección de las castas aristotélicas es ya insostenible y gloria grandísima del catolicismo es haber difundido una verdad, fuente de verdadera igualdad, libertad y fraternidad.

«Si desde la ciudad echamos nuestras miradas sobre el género humano, reconoceremos en él, no obstante la diferencia de lenguaje, de costumbres y fisonomía, el concilio disperso de una sola raza, la procedencia de una sola raíz, y diremos á cada hombre: «Tú eres mi hermano,» y á cada nación: «Tú eres mi hermana,» y á todos, cualquiera que sea su historia, su color y su nombre: «He ahí al hueso de mis huesos y la carne de mi carne.» Es cierto que ya no hallaremos en el género humano la unidad de un solo padre, ni una obediencia común, ni respetos unánimes: este orden se ha roto. Los campos de Babilonia vieron las ramas del árbol de la humanidad romperse en astillas y á nuestros antepasados darse en una lengua confusa el adiós de una separación que todavía subsiste. Pero la hora de la unidad preparada y comenzada por Jesucris-

to parece aproximarse; las montañas se aplanan, los mares se reducen y la humanidad cristiana con el Vicario de Dios á su cabeza, lleva delante de sí é ilustra con una superioridad asegurada para en adelante á los pueblos que no han adorado todavía la palabra regeneradora del Evangelio.....

Si el alma del negro es humana, si el cuerpo del negro es humano, ¿no será el negro un hombre? Y siendo un hombre, ¿quién le impide haber tenido el mismo padre que nosotros?

Una ley fisiológica ha decidido esta cuestión. La ciencia ha llegado á conocer que todos los seres animados que se unen entre sí y cuya posteridad permanece indefinidamente fecunda, pertenecen á la misma naturaleza y se remontan á una fuente primordial única (1). Dios no ha querido, á fin de mantener las grandes líneas de la creación, que los seres de origen y género distintos pudiesen confundir todas las sangres por medio de alianzas caprichosas. Si sucede que este hecho anormal se verifique, obtendrá de la fecundidad engañada un primer resultado, pero no irá más adelante: el orden recobrará inmediatamente su imperio y la esterilidad castigará al fruto de un comercio reprobado por el Creador.

Ahora bien; este anatema no alcanza á la unión del negro con el blanco; sus juramentos recibidos al pie de los mismos altares, bajo la invocación del mismo Dios, obtienen en una posteridad indefinida la gloria de un acto legítimo y santo. Hay mucho más: las dos sangres se reconocen; la más pura eleva á su esplendor á la que

(1) Hasta los mismos trasformistas admiten como factor de la especie la fecundidad indefinida ó séase, *ciclos de generación*.—P. Arintero, *La Evolución*, etc, tomo 1.º, pág. 50.

había contraído alguna alteración; de grado en grado, de enlace en enlace, desaparece toda disparidad; y los hijos de Adán vuelve á encontrarse, como hace sesenta siglos, en las facciones fraternales de su primer padre.

¡Atrás esas vergonzosas teorías de una ciencia fratricida! Atrás las voces que no respetan la envidiable unidad del género humano! Saludemos más bien, saludemos de lejos, vuelto el semblante hacia todos los vientos del cielo, á nuestros hermanos dispersos por la tempestad sobre playas diferentes. Nosotros que hemos conservado mejor la encarnación primitiva de nuestra creación; nosotros que hemos recibido con una influencia más dulce de luz natural una parte mejor de la luz increada; nosotros, hijos primogénitos de la verdad y de la civilización, saludemos á nuestros hermanos, á quienes no hemos precedido sino para conducirles, á quienes no hemos aventajado sino para que ellos nos igualen algún día. Saludemos en ellos nuestra unidad pasada y nuestra unidad futura, la unidad que teníamos en Adán y la que nos espera en Dios. Demos la mano al malayo y al mongol; démosla al negro; démosla al pobre y al leproso. Todos reunidos, uniendo nuestros bienes y nuestros males en una inmensa y sincera fraternidad, vamos á Dios, que es nuestro primer padre. Vamos á Dios que nos ha formado con el mismo barro, que nos ha vivificado con el mismo soplo, que nos ha penetrado con el mismo espíritu, que nos ha dado la misma palabra y que nos ha dicho á todos: «Creced y multiplicáos y llenad la tierra, y someterla, y presidid en ella.» Sólo Él puede bendecirnos, Él sólo puede abrirnos una era de verdadera felicidad, de igualdad y fraternidad. Sin Él, en vano grabaréis estas palabras sublimes al frente de vuestros monumentos.» (Lacordaire: Confer. tomo 3.º, pág. 367).

¿Por qué ha de aparecer la ciencia contraria á verdades que interesan tan altamente á la dignidad y felicidad del hombre? ¡Y si hubiera al menos algún motivo racional que á la duda siquiera pudiese inducirnos! Mas ¿quién desconoce la escasa fijeza de los mismos caracteres principales de que nos servimos para distinguir las razas? ¿Quién desconoce la profunda acción del medio? ¿Quién puede hoy á punto fijo precisar la eficacia modificadora de lo que pudiéramos llamar con Wiseman la *vis plástica* de la infancia de la tierra? ¿No existen profundas diferencias entre el negro del Sudán y el negro de las islas Andamán; entre el negro del Sur de la India y el papúa de Nueva Guinea? (Hovelacque, citado por el P. Zeferino). ¿No hay razas negras de cabellos lacios y otras de cabellos crespos y lanudos?; ¿y los laponeses y filandeses no hablan dos idiomas pertenecientes á un mismo tronco? (Ibidem.) ¿No hace notar muy bien Prichard que con la influencia del clima (parte alicuota del medio ambiente) basta para que los ganados europeos transportados á las Antillas cambien en pelo sus lanas? Mas ¿á qué multiplicar ejemplos? Si como hecho *antehistórico* la ciencia no puede evidenciar la unidad de tronco, tampoco puede negarla; y la unidad específica, sin renunciar al concepto de especie (1), mucho menos puede ser involucrada, así como es

(1) Vid. *La Evolución y la Filosofía cristiana*, tomo 1.º, página 49 (P. Arintero). El autor, con insigne copia de datos, después de haber ido descartando una por una las definiciones tradicionales de la especie, se ve obligado á acogerse á la de Gaudry, porque la especie, como tantas otras cosas, quizá no sufra una definición viable, pero su existencia, como la de la luz, también indefinible, se impone. Vid. también el capítulo que dedica al *polimorfismo*, á propósito de lo que varían las razas.

un corolario de la *unidad* de nuestro origen el estado ó condición en que el hombre fué creado.

Tres clases de estados distinguen los teólogos, siguiendo á Santo Tomás: el de *pura naturaleza*, el de *naturaleza íntegra* y el de *santidad*, llamado también de *inocencia* y *justicia original*. En este último estado, que presupone é incluye las perfecciones de los anteriores, fué creada la humanidad en la persona de nuestros primeros padres. Perfectamente rectificadas, las pasiones obedecían en un todo á la razón que irradiaba sobre la parte inferior el esplendor del orden moral. Su cuerpo se mantenía vigoroso y lozano, gracias al fruto reparador del árbol de la vida, sin temor á las enfermedades y esperando tranquilo una muerte que sin metáfora hubiera sido entonces «dormirse entre los hombres para despertar entre los ángeles» (1). Fué criado en estado adulto, que Dios nunca hace las cosas á medias, y dotado de toda la ciencia y prerrogativas indispensables para constituirse en mentor de su futura progenie. Al efecto, no le crió solo, le dió una compañera y el Edén fué la cámara nupcial de los primeros y más castos desposorios. Así como Dios preparó la tierra para el advenimiento de la humanidad y la alfombró con rica y variada flora y la pobló de exuberante fauna, así dotó al hombre con el Paraíso, que vino á ser el gran palacio del

(1) De las observaciones y experiencias llevadas á cabo por los naturalistas, se deduce que, como en el fondo de todos los colores que caracterizan la piel humana aparece siempre como elemento parcial el amarillo, y el color rojo de los cabellos aparece con más ó menos frecuencia en todas las razas actuales y el prognatismo se presenta también hasta en la misma raza blanca, el hombre primitivo, en cuanto al cuerpo, *pudo* ser de color amarillo, cabellos lisos, tirando á rojo y algo prognato. *L'espece humain*, Quatref. páp. 181.

Rey de la creación, palacio que el Señor se dignó honrar con sus visitas (1).

No gozaba el hombre de la visión beatífica ni tomaba parte en el himno que al Todopoderoso entonan los coros angélicos; pero penetraba tan hondamente la esencia y la virtud de las criaturas, distinguía tan vivamente la huella de las perfecciones divinas estampadas en la creación, poseía un conocimiento tan completo y acabado de sí mismo, en cuanto imagen y semejanza de la Trinidad, sorprendía tan fácilmente sus afinidades con el mundo de los espíritus que, cual nadie, ha poseído la ciencia en sus razones más encumbradas. Lejos, pues, de que las criaturas divirtieran su mente, le ayudaban á mostrarse agradecido á su Hacedor; cada nombre que las imponía era una nota más en aquel concierto universal paradisiaco.

La perfección de su voluntad corría parejas con la sublimidad de su entendimiento. Amar al bien supremo sobre todas las cosas le era tan llano y hacedero como el respirar. Su libre albedrío, firme é ilustrado, imperaba soberanamente á todos sus apetitos. Desconocía las protestas del sentido, las rebeliones de la carne y de la sangre; sus pasiones é instintos contribuían á hacer más intenso y púdico su amor, más encendidas sus religiosas esperanzas, más levantadas sus aspiraciones. Carecía del mérito resultante de ruda y porfiada lucha, mas no del que la prontitud y la fuerza del amor dan á los actos perfectos.

Consecuencia de su justicia original erà el dominio de que fué investido sobre todas las criaturas. *Omnia subjecisti sub pedibus ejus*. Y todas las cosas fueron suyas,

(1) Nótese que artículo por artículo seguimos á Santo Tomás.

porque así lo exigía el orden natural á la sazón existente, orden que Dios tuvo á bien consagrar con una orden terminante. *Dominamini, subjicite*. Para imponerles su obediencia, convocó á las criaturas, que al verse llamar cada una por su nombre propio y adecuado, le rindieron pleito homenaje. Pero no estará ocioso; se ve desde luego sometido á la santa y meritoria ley del trabajo; fué colocado en el Paraíso; *ut operaretur et custodiret illum* (1). ¿Para quién? Para su posteridad. Dios no ha de repetir la creación ni privar al hombre de la perfección soberana de verse fotografiado en su descendencia, á la cual transmitiría con la vida la gracia de su casta unión. Sus hijos, prolongaciones en todo de sus prerrogativas, no hubieran padecido nuestras actuales flaquezas. Sin ser impecables, hubieran también sido dueños de sus pasiones, y la tierra, heredad suya, hubiera sido un verdadero puente entre la nada originaria y la eternidad de dichas y venturas.

¿Qué, os parece un sueño tan risueña leyenda? ¡Ah! como el pecado todo lo ha invertido y trastocado, la historia edénica se nos antoja una ficción. Pero es de fe; la razón lo persuade y la ciencia no puede desmentirlo.

No podemos en manera alguna convenir con los que nos asignan por padre á un animal, ó á un salvaje bestial y grosero. Las razas incultas ofrecen señales evidentes de degradación. Su cerebro está demasiado desarrollado para la vida que llevan, como notó muy bien Wallace al tratar de la *utilidad* inevitable que se quería suponer en la selección. ¿Y la historia y la filosofía no nos dicen de consuno que nadie pasa de la abyección á la civi-

(1) Vid. la conferencia del P. Monsabré acerca de *Jesús Obrero* donde á maravilla expone el *Ut operaretur* del Génesis.

lización por sí mismo? ¿Hay barbarie que no sea resultado de una civilización extinguida? ¿Por qué, pues, la civilización no había de ser el primer estado del hombre? Así lo sostiene el mismo Schelling, de acuerdo en esto con las tradiciones relativas á la Edad de Oro, que nos han transmitido sin interrupción sabios, historiadores y poetas, así griegos como latinos. «Los primeros hombres, escribe Dícearco, por estar más cerca de los dioses, vivían en un estado de perfección y felicidad llamado Edad de Oro» (citado por el P. Zeferino en la Biblia y en la Ciencia). Barthelemy Saint Hilaire también opina como el Génesis. Y desde luego, si la Paleontología nos demuestra que hubo un tiempo en que el hombre no existía, ¿cómo debió aparecer? ¿Había de salir imperfecto de las manos de Dios? Y no se aduzcan en contra la perfecta sucesión de las tres edades (de la piedra, el bronce y el hierro) observadas en determinadas regiones europeas y correspondientes á períodos de civilización graduales y ascendentes. El hecho no es general, como lo comprueban los testimonios aducidos por los investigadores de Oriente, donde ni tuvo lugar esa sucesión de edades ni menos la era paleolítica, á la cual se vincula el estado salvaje del hombre.

Ni en Egipto, ni en Mesopotamia, ni en Grecia, ni en Cartago, ni en muchas islas del Pacífico, ni sobre todo en Méjico y en el Perú, ha precedido el estado bárbaro á la cultura, sino la cultura á la postración y decadencia. Si tratáramos de representar gráficamente la civilización, podríamos decir que á las Naciones les ocurre lo que á las variables de una curva: tras de un valor máximo cambian constantemente de signo; tras las prosperidades siempre el descenso.

Suponed una colonia, la mejor equipada y dotada; ais-

ladla, cortad toda comunicación con el mundo civilizado, abandonadla á las influencias del clima, la alimentación, la falta de noticias y sensaciones y de trato social, y la resultante sería, á plazo más ó menos largo, la degradación.

Pues si esto nos ocurriría hoy, ¿por qué no también en los albores de la humanidad? A poco que se reflexione sobre las hondas tristísimas consecuencias del pecado original y las torturas que experimentarían nuestros primeros padres al verse proscritos del Edén, condenados á ganarse el pan con el sudor de su rostro, las rebeldías que suscitó su ingratitud, el mútuo disgusto que se causarían, lo enojoso de sus conversaciones postparadisiacas, lo anti-pática que les resultaría la vida forzosa en sociedad, aquella soledad de dos en compañía.... Después las desgracias de sus hijos, el asesinato de Abel, la maldición que surcó la frente de Caín, y todo por su culpa, por la trasgresión primitiva....

Recordando el soneto de un célebre poeta, si el espanto que sintió fué inconcebible,

Al ver la noche Adán por vez primera (1)
Que íba invadiendo y apagando el mundo

¿cuál no sería su terror ante la muerte? ¡Y cómo se comprende que sin la generosa promesa de un Libertador hubieran sucumbido á los rigores y extremosidades de su dolor y su infortunio! Sólo la esperanza consoladora de la creación de nuevos cielos y nuevas tierras pudo sostenerles y hacer que se sobrepusieran á tan rudo contraste y que el recuerdo de su prístino esplendor y la idea de la encarnación mesiánica, les hiciera esforzarse por implantar en su conturbada carne el reinado de su razón alec-

(1) Vid. *Heterodox. Españoles*, tomo 3.º, pág. 582.

cionada. ¡Y cómo suspirarían por la creación de esos cielos nuevos y tierras nuevas profetizados por el Señor! ¡Cómo entonces se había de cumplir que *ubi abundavit peccatum superabundavit gratia!* ¡Y con cuánta razón había de poder exclamar San Agustín: *Felix culpa que tantum ac talem meruit habere redemptorem!* (1).

¡Hoy ya se han cumplido tan lisonjeros vaticinios! Dios nos ha honrado hasta el extremo de llamarse «Hijo del Hombre». El Verbo de Dios se dignó tomar directamente esa naturaleza cuya eclosión hemos presenciado y que Él mismo había provocado desde el seno del Eterno Padre. ¡Y qué era se ha inaugurado con su venida!

Al modo que nuestra alma había completado ya el ciclo de la evolución terrestre, adoptando un cuerpo á cuya formación había concurrido la creación entera, Jesucristo, por su inhumanación, se ha constituido en centro y causa de todo en nuevo movimiento evolucionista en el orden sobrenatural. Las sucesivas formas que fueron determinando la «materia prima» alcanzaron hasta el hombre; ahora, las cosas materiales, elevadas por influjo divino á sacramentos, se extienden, desde el Bautismo hasta la Eucaristía, á producir la *gracia*. La gracia, á su vez, es el principio de toda una evolución psicológica; las virtudes teologales, las virtudes morales infusas surgen á su acción, como á la inteligencia de los primeros principios surgen en el orden natural las virtudes adquiridas.

(1) Con muy buena fe, sin duda, se extraña Lubbock de que se mire como contrario á la religión el salvajismo del primer hombre; pero bien se echa de ver que harta *humildad* puede infundirnos el pasado, *se* encendida el presente y magníficas *esperanzas* el porvenir sin apelar á ese estado primitivo de barbarie. Vid. P. Zefer., *Biblia y Cienc.*, pág. 424 del tomo 2.^o

Hé ahí, pues, el soberano límite de la evolución terrestre, alcanzado el cual, Jesucristo, glorioso y glorificador, iniciará la evolución psicológica suprema que no tendrá fin. La gracia se habrá transformado en el *lumen gloriæ*, luz con la que el hombre verá á Dios, *sicuti est* (1). Su acción se reflejará sobre el cuerpo salido de la ínfima materia y los dotes de la bienaventuranza le transformarán también hasta llegar á la evolución definitiva de que nos habla San Pablo cuando dice: *Nos vero omnes, revelata facie, gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur á claritate in claritatem tamquam á Domini spiritu* (2). Y cantaremos con el salmista: *Omnis consummationis vidi finem; latum mandatum tuum nimis* (Ps. 118).

¿Véis cómo á la luz de las enseñanzas antropológico-tomistas hemos llegado á percibir la luz? (3). ¿Véis cómo no se trataba de apasionamientos de escuela, ni de simpatías de hábito, ni de simple fervor de prosélito, ni de exclusivismos en ciencia inconcebibles? ¿Véis cómo á las afirmaciones del Evangelio del hombre bestia, con su eternidad de la materia, con su arquegonía, con su confusión de los séres, con su determinismo, con sus teorías esclavistas, con su exclusión de Dios, no hay otro Evangelio que oponer que el tratado *de Homine* de Santo Tomás, donde se niega á la materia el poder ser primer principio de la vida, se establece nuestra espiritualidad, se nos selecciona de los brutos, se vindica nuestra libertad, se nos da á Dios por Padre (4), se proclama la alcurnia de nuestra regia estirpe, se hace que todos nos reconozcamos por hermanos

(1) I, *Ioan*, III.

(2) II, *ad Cor.*, III, *in fine*.

(3) Vid. *Revue Thom.*, Mayo del 96, P. Gardeil, p. 246-47.

(4) *Manus tuæ fecerunt me et plasmaverunt me.* (Ps. 118).

y se promete calmar las infinitas nostalgias que en vida nos aquejan con una Verdad y un Bien y una Belleza infinitas, con Dios?..... (1).

¡Ah! También en el orden moral, mejor que en América, se cumple la ley de Dana, relativa á los continentes. Cuanto el mar es más dilatado, la elevación y escarpadura de las costas debe ser mayor; decidme si tenéis algo más grande y consistente que oponer al mar de los actuales errores antropológicos que la incommovible doctrina de Santo Tomás. La gran nota distintiva del mesianismo de Nuestro Salvador, la que Jesús anteponía á su mismo carácter taumatúrgico, la razón última que dió á los discípulos de San Juan de la divinidad de su misión; fué *pau-peres evangelizantur*. Les dijo sí, que los sordos oían, y andaban los tullidos, y veían los ciegos, y quedaban limpios los leprosos, y los muertos resucitaban, pero, sobre todo, que los *pobres eran evangelizados* (2). Ahí tenéis por qué es Santo Tomás *Adverbio del Verbo*.

Nadie como él ha sentido tan profunda compasión por los pobres de espíritu, que somos todos debido á la corte-dad é insuficiencia de nuestras miras. Nadie como él ha procurado subvenir á nuestra miseria intelectual (3); nadie como él nos ha dado más altas enseñanzas; nadie como él nos ha disciplinado; nadie como él nos ha señalado el camino de la Verdad; nadie como él ha reflejado sobre la descarriada humanidad las fulgurantes revelaciones del Verbo. ¡Desgraciados de los que propagan malsanas doc-trinas y matan en flor débiles inteligencias! Semejan esos

(1) *Deoprecatus sum faciem tuam in toto corde meo* (Ps. 118)

(2) *Luc.*, 7-22.

(3) *Declaratio sermonum tuorum illuminat et intellectum dat parvulis*. (P. 118).

déspotas del Oriente en cuyos sepuleros se inmolan víctimas humanas.

En torno de Santo Tomás, hay todo un sistema planetario de Liceos, Universidades, Órdenes religiosas, Academias y pensadores aislados que mejor que los astros del firmamento, canta las magnificencias doctrinales de Dios; de Dios de quien venimos; de Dios á quien debemos lo que somos, y de Dios á quien vamos y á quien eternamente poseeremos, siguiendo las enseñanzas y ejemplos de nuestro Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino (1).

(1) Si alguno, á pesar de nuestras protestas, nos tildara aún de exagerados, le recordáramos la bíblica frase con que el Prior de Tolosa respondió al Papa que le reprochaba haberse apoderado del cuerpo de Santo Tomás:

—*Caro enim et frater noster est..... Haereditate adquisivimus testimonia sua in aeternum; ideo, exultatio cordis nostri sunt.*





1088287

